

VERDAD Y LIBERTAD DEL CRISTIANO

R.P. Dr. CORNELIO FABRO

"Sería como quien poseyese un libro donde estuviera toda la ciencia y que no quisiera sino conocer este libro, así también nosotros, es necesario que no busquemos más sino a Cristo."
(SANTO TOMÁS, *In Col.*, c. 2, lc. 1, n^o 82)

Hay verdad y verdad, y hay épocas y épocas: hay *épocas principalmente contemplativas*, en las cuales se busca la verdad formal, abstracta, aquella verdad de la cual hablan las grandes Sumas del medioevo, y el mismo Santo Tomás en la *Questio De Veritate* presenta algunas definiciones fundamentales de san Agustín, de san Bernardo, de san Anselmo, de Avicena, de san Hilario...¹, prácticamente un florilegio de este esfuerzo de concentración del intelecto humano para arrebatar vehementemente la regla de la verdad, para poder dar al hombre el metro, es decir, la certeza que él reproduce como en un espejo en sus conceptos, la presencia de las cosas. Hay por ende una verdad contemplativa, pero no es aún "la" verdad.

Se encuentran además las *épocas de la acción*: son las épocas de la barbarie, las épocas de los primeros resplandores de la razón humana, cuando el hombre erraba casi con instintos feroces, como dice Vico². Así pues la verdad no es algo que el hombre debe mirar, sino intentar adecuarse a ella; en estas épocas activas, pragmáticas, la verdad es construida y hecha por el hombre: el hombre persigue la verdad en el

¹ Cf. especialmente *De Ver.* 1,1; *S.Th.* I, 16, 1-8.

² "En aquellos tiempos feroces los hombres no fueron señores de sí ni de los campos. No lo eran de sí porque, sin razón y sin freno de leyes y de hombres, por los cuales pudiesen determinar el arbitrio y la voluntad de una en otra cosa, eran arrastrados por los sentidos. No lo eran de los campos, porque se encontraban errantes, vagos y sin permanencia" (G. B. VICO, *Scienza Nuova*, según la edición de 1744; ed. F. Flora, Milano 1957, p. 742).

DIALOGO

desplegarse de su destino, de las contiendas, de las guerras, en todo este amontonarse de pasiones, en esta estridencia de hombres, de instituciones y de cosas..., una estridencia en la cual nosotros actualmente vivimos y de la cual podemos en consecuencia darnos cuenta. Hay algo, en estas épocas, de la verdad entendida como actividad y como praxis pura, en lo cual el hombre advierte como el deshojarse interior del mundo que lo circunda, y es este también el concepto actual moderno de verdad. Por tanto, una verdad para contemplar y una verdad por hacer.

Pero, ¿qué significa “verdad”? La verdad no se puede definir. Lo que se define es el arco particular de nuestro orientarse sobre la realidad: del mundo, de las instituciones humanas, sobre la realidad también de las instituciones espirituales, incluida la Iglesia, y de las instituciones eclesiásticas. Aquello que podemos decir de la verdad son siempre reglas estáticas, pero *la verdad verdadera surge de los abismos de la libertad*: y este es el tercer concepto, o mejor la tercer aproximación a la verdad. La verdad no puede ser por tanto chata, estática, quieta contemplación... esta no es verdad “para nosotros”. El hombre debe buscar la verdad: ella, en efecto, no es tampoco una producción del hombre mediante la cual él se explica a sí mismo en el devanarse de las épocas históricas y de los conflictos sociales, políticos y religiosos. Esta verdad se desintegra de época en época y se proyecta en el remolino del error y de las pasiones humanas.

Hay otro tipo de verdad, y es la *verdad existencial*. La “verdad existencial” tiene a sus espaldas el Absoluto, y tiene al término de su camino el Absoluto: ella, por tanto, expresa la *tensión infinita por el Infinito*, expresa justamente lo que debe ser para el hombre su obligación cotidiana, la obligación inagotable, aquello que debe agitar dentro de sí la insatisfacción radical, de tal modo que esta insatisfacción no es un signo de la carencia sino un signo de la plenitud de exigencia en la trascendencia del amor en el Bien que implica la bienaventuranza eterna. En este sentido, el concepto de verdad existencial, solo por el cristianismo ha llegado al mundo.

Para Aristóteles, como para Sócrates y para Platón, la verdad era immanente al hombre, la razón tenía en sí el *logos*, el concepto, la medida de lo real. En efecto, Sócrates afirma que la verdad está dentro del hombre, es el hombre mismo en cuanto está a la escucha de lo real, como Sócrates estaba a la escucha de su *daimon*, es decir, del espíritu que habitaba en su conciencia. Para Platón la verdad era –como para Sócrates– “distraerse” (en el sentido etimológico del término) de la realidad sensible y dirigirse y aspirar a la verdad eterna, es decir, a toda la riqueza de lo inteligible perenne que no se fractura, que no nace y no muere, puesto que tiene en sí la garantía absoluta de no cambiar. El mundo griego está enteramente orientado en esta aspiración del *logos*: esta concepción griega ha pasado luego también al pensamiento cristiano, si bien en él ha quedado radicalmente cambiada. En efecto, aquí la verdad es Dios mismo que es el “creador” de este mundo visible, el “portador” a través de su presencia vivificante dentro de todas las vidas, a través de su luz iluminante dentro de todas las inteligencias.

Se dice que el platonismo ha sido bautizado por san Agustín, mas el cambio obrado es de tipo mucho más profundo. No se trata simplemente de una transferencia de domicilio desde el hiperuraniano platónico a la mente divina, no es simplemente que se ha cambiado de lugar, sino que se ha invertido completamente el concepto de verdad. Si Dios es la verdad primordial, Dios es absolutamente activo y las verdades divinas son activas, es decir, son principios activos, tan activos que la misma mente humana tiene en sí estas “semillas” activas, como diría san Agustín, o –como dice santo Tomás– los “principios de la razón”, que son una participación de la razón divina. Y también en la razón práctica hay principios activos que Dios ha puesto y activa, empuja y atormenta, atrae y arrastra, toca con el aura delicada y profunda del *instinto divino* de su amor. Podemos decir por ende que, en este “darse vuelta”³ de la verdad, el elemento agustiniano perenne es la raíz profunda del concepto esencial de la verdad.

³ “Capovolgimento” en el original italiano [N. del T.].

DIÁLOGO

★

★ ★

Busquemos ahora aclarar del modo más simple qué implica este elemento existencial. La *verdad en sentido clásico* es contemplativo-estática, mientras que la *verdad de las épocas bárbaras*, como la del mundo moderno –que parece que ha regresado a la barbarie, una barbarie de la cual todos los días tenemos un espectáculo incluso demasiado suntuoso– es una verdad dinámico-activa, la *verdad existencial*, por el contrario, se halla fundada en el Absoluto activo y exige de nosotros el ser actuada en la verdad. He aquí el concepto auténtico de la verdad que salva. ¿Qué implica esta verdad? Implica un compromiso de la libertad: *es la verdad para la libertad y la libertad para la verdad*.

“Es la verdad para la libertad”: no es la verdad para la docta contemplación, para la sutil disquisición, para una lucha de ingenios sutiles –como diría Platón– sino que es la verdad “para ti”. La característica de la verdad existencial es, en efecto, que ella es “para ti”, para cada uno de nosotros, es decir, es el yo, el yo profundo –no el yo moderno, ni siquiera el yo psicológico– que se coloca frente a la verdad del mundo y debe decidirse por el Absoluto, es decir, debe decidirse “frente a Dios”.

En este criterio de verdad nosotros podemos decir que la verdad es tanto *objetiva* cuanto *subjetiva*. Es objetiva porque presupone una naturaleza humana correctamente cualificada en las dos dimensiones de su sensibilidad e inteligencia, y, por tanto, de la libertad, presupone la realidad del mundo en el cual el hombre navega y prepara su destino, ya que presupone la existencia de un Principio absoluto que da realce y sentido al mundo y al hombre, que es quien decide frente a Dios y en el mundo el propio destino y la propia existencia. En consecuencia, en el concepto de *verdad existencial* son colaboradores, cooperantes, convergentes –en un misterio inefable de implicación– verdad y libertad. No es una verdad que se escribe en los libros, sino en la propia subjetividad, en la propia decisión: *yo me vuelvo aquello que busco y quiero llegar a ser*. Por tanto, este concepto existencial,

digamos simplemente cristiano de verdad, es el concepto de la verdad como “testimonio” de la propia libertad frente a Dios.

★

★ ★

Al concepto griego de verdad como contemplación, el mundo moderno opone, opuso y continúa oponiendo un concepto de verdad como *libertad absoluta*. Es decir, ya a partir de Descartes –quien ha determinado justamente este inicio absoluto del acto de pensar puro (“*cogito ergo sum*”)- este acto de pensar es ante todo un acto de querer, es una decisión autónoma, unilateral, desarraigada de la inserción del hombre en lo real. El error de Descartes se agrava con el paso del tiempo, y en Spinoza se tiene la identificación explícita, radical, total de conocer y querer: a la identificación explícita y total de *Deus sive natura* corresponde la identificación de conocer y querer, de modo que la forma más alta del conocer es para Spinoza el *amor intelectual*, o sea, aquel amor mediante el cual sólo pocos hombres, los más profundos y los más conscientes, se sumergieron en el Todo, en consonancia total con sus vibraciones, de modo que para ellos nacer y morir no es otra cosa que servir a la perenne presencia del Todo, es decir, de la Sustancia una e indeformable.

En esta primera parte del pensamiento moderno se tiene entonces la exaltación de la verdad objetivo-subjetiva, pero se trata todavía de una verdad abstracta, de una verdad que olvida el yo verdadero, vivo, palpitante, estremecido de amor y de odio, aquel yo que es inderivable y sin el cual nuestra vida no sería otra cosa que un continuo engaño de un Dios que nos pondría en el mundo para sufrir y para estar desesperados. Y la filosofía moderna es, en efecto, la filosofía de la desesperación.

Inmediatamente después, con el idealismo, la totalidad spinoziana se pone en movimiento; vale decir, a la totalidad metafísica de Spinoza, insensible a las oscilaciones de la existencia, se agrega el principio kantiano del *Yo pienso* en general (*Ich denke überhaupt*), que asimila el principio del manifestarse de lo real a la subjetividad humana. En efecto, si bien Kant rechazó el idealismo psicológico, se encuentra

no obstante en su filosofía el principio de que todo aquello que el hombre puede saber lo sabe por el desarrollo autónomo de su espontaneidad trascendental: es decir, el mundo que yo contemplo en la ciencia, en la política, en la religión..., es un mundo reflejo de la humanidad, coloreado de humanidad, que vale tanto cuanto valen las antenas del espíritu humano. Es justamente éste el inicio, el principio moderno de la *antropología radical*. Hoy se habla tanto de antropología; así pues, el origen metafísico de este volverse patas para arriba el pensamiento en todas sus esferas nace del doble principio kantiano del *Yo pienso* y del *Tú debes*.

Con el idealismo alemán tenemos el despliegue total de la libertad como principio englobante, comprensivo y productor de todo lo real. Dice expresamente Fichte en su *Doctrina de la ciencia* que “el ser es libertad”; lo retoma Schelling en una carta al amigo Hegel de 1794, donde afirma expresamente: “Hice un gran descubrimiento, que el ser es libertad”.

Y es un descubrimiento coherente, lógico, puesto que el pensamiento moderno, después de Descartes, entiende por voluntad la espontaneidad autónoma del sujeto, es decir, la capacidad que tiene el hombre de moverse en el mundo, en la sociedad y en la historia mediante su principio interior. Es así que entonces pensar y querer son la misma cosa, en cuanto que el pensar significa proceder de la autonomía del *Yo pienso* y el querer es esta autonomía aplicada a lo real. Por tanto, la libertad, en vez de ser simplemente indicativa o de ser interpretada como la otra ala del espíritu —la primer ala es el pensamiento, la segunda ala es la voluntad—, por el contrario se torna el “todo” del espíritu, no simplemente como posibilidad o como facultad, sino como la *realidad*. Tenemos entonces que alcanza la verdad solamente quien aplica al máximo la libertad, y alcanza la libertad quien ejercita al máximo el pensamiento. Es decir, los únicos verdaderamente libres son los filósofos.

★

★ ★

Desde este punto de vista se puede advertir cómo todo el pensamiento que sigue está bajo este impulso, casi —podríamos decir— como un tren en bajada lanzado sin frenos: este tren tirará todos los obstáculos y se despedazará en la nada que ahonda con su rodar infrenable. Este rodar infrenable se llama marxismo, voluntarismo absoluto de Schopenhauer, existencialismo contemporáneo (no el de Kierkegaard), fenomenología...: en todas estas filosofías post-hegelianas tenemos que la verdad no significa nada, está absolutamente privada de sentido porque lo que cuenta no es más que las variaciones (culturales, teóricas, pragmáticas, etc.) que la cultura entendió sobre el tema del hombre. Hoy no se discute sobre el concepto de verdad sino únicamente sobre el *hombre* y se discute sobre el hombre partiendo de un cierto sentido del hombre entendido en forma unilateral (*homo oeconomicus*, *homo socialis*...): es el hombre unidimensional, y en esta estructura unidimensional el hombre se desploma cada vez más en el vacío mismo de un pensamiento que no tiene ni contenidos ni principios.

Desde este punto de vista el pensamiento moderno parece por tanto completamente negativo —y lo es bajo un cierto aspecto—, tan negativo que todas estas formas de pensamiento disertan con frecuencia sobre la nada, excepto el marxismo. Los marxistas, comenzando por Marx, Engels y el mismo Feuerbach, tienen —o más bien quieren tener— un concepto positivo del hombre, y con justicia critican a los existencialistas negativos, los fenomenólogos vacíos, los teóricos del vacío de la filosofía del lenguaje: el hombre es un ser vivo, que tiene una familia, tiene hijos, tiene necesidades, exigencias, y es por este hombre por el que también el pensador debe trabajar y esforzarse, debe ocuparse y preocuparse. Sí, pero el punto de partida del marxismo es el mismo que el del existencialismo, es decir, *el hombre en situación*: es el hombre en una situación histórica donde cuentan solamente las dimensiones humanas y es en un modo arbitrario, o sea mediante una elección predeterminada, que los marxistas eligen como dimensión fundamental del hombre el *homo oeconomicus*. En efecto, ellos perciben que además del *homo oeconomicus* está el hombre vivo de la familia, el hombre preocupado, el hombre que de alguna manera debe distinguir

entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal: por esto hoy, incluso entre las masas —las cuales eran arrastradas por la fascinación de las conquistas económicas— serpentea actualmente algo que hace estremecer los fundamentos, una especie de melancolía trascendental que saben expresar no los filósofos de los países comunistas, sino los poetas, que van con más coraje a los campos de concentración que los filósofos, aduladores y que mueven la cola detrás de sus amos.

★

★ ★

Quizás por este concepto de verdad existencial los clásicos no son tanto los filósofos, los teólogos, los profesores, justamente aquellos que saben guiar el pensamiento al ritmo formal de los principios y las consecuencias, sino los testigos, los mártires, los santos, los místicos. Es decir, la *verdad existencial* es el actuarse del hombre en la Verdad fundamental, o sea el actuarse del hombre en su relación absoluta con el Absoluto (1° grado), y luego, para el cristianismo, es el actuarse del hombre en su relación con Cristo (2° grado), de modo que la verdad actuada y realizada es la que Kierkegaard llama la “imitación de Cristo”. Por esto en los místicos tenemos un concepto de verdad que se encuentra inmediatamente cargado de contenido, que no va por grados, que te aferra dentro, te inuerde y te reprocha, te ilumina y te colma de felicidad. Leamos algún pasaje de dos cartas de Santa Catalina de Siena, no obstante que los textos puedan multiplicarse. Santa Catalina toma el texto clásico de San Juan: *Sólo la verdad os hará libres*, y escribe a Matteo di Giovanni Colombini: “La verdad es aquella luz que nos libera, es decir, que al conocerla la amamos, y amándola nos libera de la servidumbre del pecado mortal. ¿Qué verdad es esta que nos conviene conocer? Es la verdad dada a luz por el inefable amor de Dios... (el cual) para cumplir esta verdad en nosotros nos donó el Verbo de su Hijo y en su Sangre nos dio la Gracia” (I, 224)⁴. La verdad existencial es para Catalina todo un incursionar y un recorrer en detalle las dimensiones más delicadas y profundas del espíritu hacia el mar

⁴ Las citas remiten a la edición de las *Lettere* de P. Misciatelli (Siena 1913).

infinito de la unión del alma con el Verbo. Ya un importante personaje como el Cardenal Pedro de Luna, a quien Catalina conoció en Avignon, escribe así: “Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Cristo, escribo a Vuestra Merced en su preciosa Sangre, con deseo de veros amante dulce de la verdad, la cual verdad nos hará libres. Ya que nadie hay que pueda obrar contra la verdad. *Pero esta verdad no parece que se pueda poseer perfectamente si el hombre no la conoce: ya que al no conocerla no la ama, y al no amarla, no encuentra en sí ni sigue esta verdad.* Por tanto nos es necesaria la luz de la santísima fe”. Y la Santa precisa en su ímpetu: “¿Quién nos demuestra esta verdad?... La Sangre de su Hijo Unigénito, derramada con fuego de amor, con la cual Sangre fuimos creados por Gracia... De manera que en la sangre conocemos la verdad con la luz de la santísima fe, la cual está en el ojo del intelecto. Entonces el alma se enciende y se nutre casi en el amor de esta verdad, y por amor de la verdad elige querer morir antes que olvidarse de la verdad” (IV, 254s.). Sangre, fe, luz, amor, fuego..., son todas expresiones típicas de Catalina: ni puro voluntarismo ni vacío intelectualismo, sino *es la verdad hecha voluntad y la voluntad hecha verdad, es la libertad hecha amor y el amor hecho libertad en la verdad.* Esto significa que la libertad se pone y se actúa en el nivel del ser espiritual en aquella verdad que ella misma elige.

San Agustín, sobre todo en la q. 46 *De Ideis*, explica que la verdad no es simplemente una conquista de la inteligencia sino una conquista de la purificación del alma: sólo cuando el alma se ha purificado de los apegos de esta atmósfera tosca de las pasiones humanas, solamente cuando se torna límpida y transparente, ella se pone en comunión con Dios y se une a la Verdad eterna (*De div. quaestionibus* 83, q. 46). Pero San Agustín llega a un concepto aún más existencial de verdad en el *Tractatus 26 in Ioannem* donde se pregunta: ¿qué es la verdad? ¿cómo se llega a la verdad? Y responde: por medio de una *atracción de amor*. El hombre no puede llegar por sí mismo a la verdad que salva, llega solamente en cuanto el objeto mismo lo arrastra, lo atrae, lo empuja de adentro, lo mueve y lo enfervoriza, lo atormenta y lo dulcifica, lo pacifica y lo consuela. Y se pregunta: ¿acaso no hacemos también así nosotros con los niños? “Nuces ostendis puero... (muestras las nueces al niño)”, y viene el niño; así hace Dios

mostrándonos su bondad y tocándonos dentro. Y San Agustín termina el tratado exclamando: “¿Qué cosa desea más el alma si no la verdad?” (*Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem?*).

Los agustinianos del siglo XVI y XVII –el mismo Bossuet, Nicole, Pascal– afirman en cambio que el hombre no quiere la verdad. El hombre “odia la verdad”⁵, dice Pascal, y la odiamos de tal modo que nos arruinamos por nosotros mismos. Si alguien nos quiere decir la verdad que nos es desagradable, nosotros lo miramos mal: escuchamos solamente a aquellos que nos adulan, aquellos que nos sirven, aquellos que se arrastran delante de nosotros, y la verdad nos da miedo, la verdad nos provoca una inquietud profunda⁶. También Bossuet retorna sobre el mismo tema: “Los hombres, casi siempre injustos, lo son principalmente en esto: que la verdad les es odiosa, y que no pueden soportar sus luces. Y no es que ellos piensen que no tienen el amor por ella... sino cuando ese mismo brillo, que enbelesa nuestros ojos, pone a la luz del día nuestras imperfecciones y nuestros defectos, y que la verdad, no contenta de mostrarnos lo que ella es, nos viene a manifestar lo que nosotros somos; entonces, como si ella hubiese perdido toda su belleza al descubrirnos nuestra fealdad, nosotros la comenzamos a odiar, y este hermoso espejo nos disgusta en razón de que es demasiado fiel”⁷.

★

★ ★

En el contexto de este análisis moderno del hombre y de la verdad se insertan también las reflexiones de Kierkegaard. También Kierkegaard tiene una idea ciertamente pesimista de la humanidad y esta idea no lo es en sentido luterano –digan lo que digan tantos expositores– sino en sentido existencial en cuanto que él, a pesar de afirmar de manera vigorosa la libertad humana, sin embargo ve que esta libertad –como ya lo hicieron San Agustín, Pascal y todos los más

⁵ B. PASCAL, *Pensées*, n° 100; ed. Brunschvicg, París 1917, p. 377.

⁶ B. PASCAL, *Ibid.*, p. 378.

⁷ J. B. BOSSUET, *Sermon in Io. 7,7*.

profundos moralistas y escrutadores de la subjetividad humana- está toda al servicio del yo subjetivo, del yo pequeño de nuestras pasiones, del yo ídolo y no del yo como deber de libertad. Este “yo-yo” que nos roza al lado y nos sopla en las orejas, en las orejas del corazón y de la mente, que nos insinúa sutilmente todos los prejuicios de nuestro provecho haciéndonos aparecer la verdad dentro del ángulo de la subjetividad...: quizás si una vez en la vida lográsemos desembarazar nuestro yo de todas las corazas de defensa que hemos construido con tantos años de apologética nuestra, si lográsemos desalojarlo y desnudarlo para poder contemplarlo cara a cara en todas sus malas acciones, las más insidiosas (iy esto no debe provocarnos horror sino empeñarnos para ver que clase de buena persona es este “yo”!); si nosotros pudiésemos tener como una iluminación radical, un rayo que provocase la transparencia del corazón y la percepción total de todo el enredo y las idas y venidas de nuestros proyectos subjetivos..., veríamos la importancia radical de esta libertad para la verdad, y quizás por primera vez entenderíamos y veríamos aquel punto interior, aquel punto profundo en torno al cual debería desarrollarse toda nuestra vida. Y aquel punto profundo es el *yo* seco, el *yo* humilde, el *yo* que se desesperaría si no tuviese la certeza de un Principio absoluto y del Redentor que nos ha dado la Gracia. Y este es el punto de consideración kierkegaardiano: según Kierkegaard *la verdad existencial es solamente la verdad que edifica*, por esto la verdad se remite siempre al Singular y se actúa en la relación al “tú”, pero no al “tú” de los otros hombres, sino al otro “Tú”, al Tú absoluto. Es la verdad “para ti” – frente a Dios.

Por eso -observa Kierkegaard- la verdad en este mundo no puede estar siempre más que en una minoría y jamás la verdad ha vencido en este mundo. Para el cristianismo la verdad es Cristo: por tanto la verdad para el cristiano no está en el sujeto (aun cuando sea subjetiva, porque implica mi libertad) -como pensaba Sócrates- sino que es revelada por Dios en Cristo. De allí que, escribe Kierkegaard en el *Evangelio del sufrimiento*, “... no ha existido jamás un hombre, jamás ninguna persona amada, jamás ningún maestro, jamás ningún amigo que haya precedido -para preparar el puesto- a su seguidor. Como el

nombre de Cristo es único en el cielo y en la tierra, así también Cristo es el único (Maestro) que ha precedido de esta manera. Entre el cielo y la tierra no hay más que un único camino: seguir a Cristo. Y en la muerte hay solo una única alegría: seguir a Cristo hasta la vida”⁸. Y Cristo ha enseñado que comprometerse por la verdad es sufrir, dar “testimonio” contra todo y contra todos. Y en este punto Kierkegaard recuerda a Nicodemo que viene a Cristo de noche...: ¡cuántos cristianos ahora se cubren con el manto de la noche, en la niebla de la cultura, de la política, etc.! La verdad existencial -dice Kierkegaard- es una “trampa” que no se puede tener sin quedar cautivo en ella. La verdad no es aquella que el hombre forma con la mente o se la gana con la acción desesperada de los conquistadores, de los politiqueros, de los arribistas..., no, esa es mentira porque es injusticia para los demás, la verdad, por el contrario es una “trampa”, la trampa del Absoluto y nosotros debemos dejarnos atrapar para conformarnos con el don que Dios nos ha ofrecido en Cristo. Por eso el destino de la verdad no es el de vencer en este mundo, sino de sucumbir: como lo demuestra el Modelo, los Apóstoles, los Testigos de la verdad. ¡Así era en la Iglesia primitiva donde se exigía de los cristianos que vertieran su sangre!

Y llegamos al texto del *Ejercicio del Cristianismo*: “por eso, desde el punto de vista cristiano, *la verdad natural no consiste en conocer la verdad, sino en ser la verdad*. Contra toda la filosofía moderna, existe en este punto una diferencia infinita, como se ve muy bien en el comportamiento de Cristo con Pilato; pues él no podía responder a la pregunta: ‘¿Qué es la verdad?’, sin desviarse de la verdad, y precisamente porque no era aquel que «supiese»⁹ qué es la verdad, sino que Él era la verdad. No que Él no supiese que es la verdad, sino que cuando se es la verdad y la exigencia de ser la verdad, es no-verdad el (solo) saber la verdad... Por eso existe una diferencia entre *la verdad* y *las verdades*. De allí que esté escrito: ‘ésta es la vida eterna, que Te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Aquel a quien has enviado’

⁸ S. KIERKEGAARD, *Vangelo delle sofferenze*, trad. al it. de C. FABRO, Esperienze, Fossano 1971, p.101s.

⁹ Comillas del T.

(Jn 17,3), la verdad. Es decir, *yo, en verdad, no conozco la verdad sino sólo cuando ella se convierte en vida en mí*. Por eso Cristo compara también la verdad a un banquete y apropiarse de ella como un comer; como de hecho el alimento, que ha sido asimilado, apropiado, conserva la vida del cuerpo, así también la verdad da y mantiene la vida del espíritu: es la vida”¹⁰.

★

★ ★

Entonces ¿qué es la verdad? La verdad es el punto de partida, la verdad es el camino, la verdad es el horizonte final del hombre: *la verdad es el movimiento de la libertad para el autenticarse de la libertad en la verdad*. Y esta es la verdad existencial, la verdad que nos cambia dentro, que nos transforma: *la verdad del testimonio*.

Hemos ya indicado la situación triste, dolorosa, preocupante - esperamos que no sea irreversible- del momento actual. Es un momento de desbandarse en todos los sectores de la vida y del espíritu, en todos, y no hay nada ni nadie que sostenga ya que una vez quitado el fundamento el agua inunda como un aluvión sobre todos los puentes de la vida del alma y no hay autoridad que se mantenga pues la autoridad es la primera en ser barrida. En efecto la misma autoridad - dice Kierkegaard en otro texto terrible¹¹- de frente al irrumpir del impudor y de la imprudencia retrocede afligida y aterrorizada: no porque no quiera dar testimonio, sino quizás porque piensa que ese mismo testimonio pueda multiplicar la impudicia y la imprudencia. En

¹⁰ S. KIERKEGAARD, *Esercizio del Cristianesimo*, trad. al it. de C. FABRO, Studium, Roma 1971, p.262s. Este libro es la última obra de Kierkegaard publicada en 1850. Después durante cinco años su voz -como la de un profeta del mundo moderno- calla y pasa sus días en meditación y en oración (leía todos los días la *Imitación de Cristo*) continuando y anotando sus pensamientos en su *Diario*.

¹¹ “Cada hombre tiene una pasión innata por la desobediencia. Así se pusieron delante las ‘razones’ y el creer fue puesto por tres razones, en lugar de la obediencia, porque se avergonzaba de obedecer. Así la blandura ocupó el puesto del rigor, porque no se tenía el coraje de mandar y repugnaba dejarse mandar: quienes debían mandar se convirtieron en bellacos, y quienes debían obedecer en insolentes. Así con la blandura, el cristianismo fue abolido de la cristiandad” S. KIERKEGAARD, *o.c.*, p.284.

DIÁLOGO

estos hombres que ahora dominan el campo de la literatura, de la filosofía, de mucha teología y cultura religiosa, en todo este desbandarse y en este clamor de discusiones, de adaptaciones, de mesas redondas... -en vez de recogerse en la meditación profunda de los principios- se da quizás la más grande disgregación que la Iglesia esté viviendo después de las grandes herejías trinitarias y cristológicas de los siglos IV y V en contraste frontal con la filosofía clásica.